

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOSIER: POLARIZACIÓN PERNICIOSA, DEMOCRACIA Y POPULISMO
COEDITORES: CLAUDIO RIVEROS Y ALEJANDRO PELFINI

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



El antagonismo, perfecto *partenaire* del populismo

Antagonism, the Perfect *Partenaire* of Populism

Graciela Ferrás
Universidad del Salvador, IIGG- UBA, Argentina

Resumen

El objetivo de este trabajo es vincular la teoría política de Ernesto Laclau con el papel de la construcción discursiva del enemigo en los tiempos del neoliberalismo. La pregunta por el antagonismo orienta este trabajo que parte por una puesta en contexto sobre la discusión entre populismo y polarización para adentrarse, luego, en la construcción discursiva del enemigo. Esta idea contiene, a nuestro entender, dos supuestos teóricos: primero, que este enemigo no es un *hostis* y, segundo, que este tipo de antagonismo —que, para Laclau, es el único posible en el contexto del neoliberalismo— no puede ser pensado como una oposición entre objetos reales ni como una contradicción dialéctica. Para ello, dividiremos el texto en tres secciones: las primeras dos para dar cuenta de estos supuestos y una tercera en la que intentaremos esbozar por qué el antagonismo aparece como una “barrera” al empuje de la lógica de neutralización del neoliberalismo.

Palabras claves: antagonismo, Laclau, neoliberalismo, enemigo.

Abstract

The objective of this work is to link the political theory of Ernesto Laclau with the role of the discursive construction of the enemy in the times of neoliberalism. The question of antagonism guides this work which begins with a context-setting on the discussion between populism and polarization and then moves towards the discursive construction of the enemy. This idea contains, from our perspective, two theoretical assumptions: in the first place, that the enemy is not a *hostis*; and, secondly, that this type of antagonism -which, for Laclau, is the only possible type in the context of neoliberalism- cannot be thought as an opposition between real objects or as a dialectical contradiction. To do this, we will organize the text into three sections. In the first two, we will consider the reasons for these assumptions; lastly, in the third section, we will try to outline why antagonism appears as a “barrier” to the logic of neutralization of neoliberalism.

Recibido: 04-04-2022. Aceptado: 8-07-2022



Graciela Ferrás es Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA) y Docteur en Philosophie, Paris 8. Se desempeña como Profesora Titular de Teoría Política y Social y de Historia del Pensamiento Político Argentino y Latinoamericano, Universidad del Salvador. Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. BA. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1892-6429>.

Contacto: gracielaferas@gmail.com

Cómo citar: Ferrás, G. (2022). El antagonismo, perfecto *partenaire* del populismo. *Revista Stultifera*, 5(2), 81-100. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2022.v5n2-04.

Keywords: antagonism, Laclau, neoliberalism, enemy

La escena contemporánea ha puesto a los populismos sobre el tapete. Tanto en Europa como en América el populismo suele asimilarse a un estilo político, a una práctica y táctica de movilización y manipulación de las masas, deviniendo el adjetivo común de las “nuevas derechas”, con una connotación negativa que implica una regresión a un nacionalismo xenófobo, cerrado y excluyente (Grillo, Le Pen, Trump, Orbán, etc). El fantasma de las experiencias totalitarias ocluye la gran desconfianza de las elites de dejar el pueblo *à l'écart*. Esta desconfianza tiene como telón de fondo un registro de inteligibilidad que divide el reino de las apariencias políticas en capaces e incapaces de gobernar, constitutivo de todo discurso que se sepa o no antipopulista.

Los populismos se manifiestan particularmente en coyunturas críticas en las que se vuelve evidente la falencia de las instituciones para canalizar las demandas populares; la equivalencia o igualdad de estas demandas pasa por su común insatisfacción (Laclau, 2007). En este sentido, produce un efecto de división del espacio político comunitario en dos campos, es decir, subvierte la coincidencia de los límites de la formación discursiva que organiza y clasifica (reparte, reúne y separa) lo social con el campo de significaciones del orden político existente (leyes, instituciones, cultura, etc.). Esta división de la sociedad en dos campos antagónicos ha llevado a una homologación entre la experiencia del populismo y la de dicotomización entre el pueblo y sus enemigos. Esta premisa de entender la especificidad del fenómeno populista a partir de una experiencia de división y polarización social es muy extendida entre muchos de sus detractores y de sus defensores (Aboy Carlés, 2018).

El objetivo de este trabajo es vincular la teoría política de Ernesto Laclau con el papel de la construcción discursiva del enemigo en los tiempos del neoliberalismo. Las tramas y los cruces teóricos de este escrito siguen la orientación de la pregunta “¿qué se entiende por antagonismo?” que se hace Laclau en el texto “Antagonismo, subjetividad y política”:

No me estoy preguntando por cuáles son los antagonismos realmente existentes en la sociedad, sino por algo más fundamental: ¿qué es un antagonismo? ¿Qué tipo de relación entre fuerzas sociales él presupone? Se trata de una cuestión pasada por alto con frecuencia en la literatura sociológica, una literatura atenta a los “conflictos” reales, a los “enfrentamientos” y a las “luchas”; pero que no se pregunta por el significado ontológico de esas categorías. Y, sin embargo, es sobre este significado que debemos concentrar nuestra atención, si queremos avanzar en el frente teórico. (Laclau 2014, p. 128)

Esta pregunta en sí misma plantea una distancia entre el significado ontológico del antagonismo y las luchas y enfrentamientos “realmente

existentes”; no obstante, también plantea una problematización de difícil solución: la de la ineludible contaminación¹ entre uno y otro ante la pregunta sobre ¿cuáles son nuestros límites?, pregunta constitutiva de toda identidad política. Si bien el antagonismo no puede ser —por así decirlo— localizado en una positividad o particularidad determinada desde la lógica hegemónica propuesta por Laclau para analizar los populismos, no deja de tener un sentido fronterizo que se presta a equívocos y que, según el grado de intensidad, puede oscilar entre una lógica irreversible de polarización que inviste en un enemigo absoluto o en la construcción discursiva de un adversario cuya existencia se percibe como legítima (Mouffe, 2014; Stavrakakis, 2018).

Así, el efecto dañino del populismo radica en una polarización al interior de una sociedad democrática que llevaría a una división perdurable de un “nosotros contra ellos” como única dimensión de diferenciación, eclipsando a todas las demás formas de identificación y acción política (Sommer y McCoy, 2018). Esta dimensión partisana de la política es interpretada y vivida como un peligro, una figura de ruptura de la norma, para las instituciones democráticas (De La Torre, 2010, 2015; Werner Müller, 2016; Zarka, 2016). Los líderes del populismo explotarían las emociones y temores de sus votantes para ganar elecciones, y estos se verían motivados a eliminar la disonancia cognitiva a partir de un razonamiento inducido (Sommer y McCoy, 2018).² A su vez, la brecha es avivada por un discurso antipopulista que, de forma recurrente, utiliza el recurso de barbarización del adversario (jacobinos populistas, paracaidistas políticos, autodenominados redentores, negacionistas, “neandertales”, “trogloditas”) como amenaza a la democracia consensual (Kaiser y Álvarez, 2016; Vargas Llosa 2006; Walser, 2010), imponiendo, en verdad, la política como guerra y como su propio fundamento (Pelfini y Riveros, 2022; Stavrakakis, 2018). En esta operatoria, el adversario inmediatamente sale del terreno de la argumentación racional, de la posibilidad de diálogo como construcción de consenso; pasa a ser no legítimo. De este modo, el antagonismo extremo contra el cual lucha lo contiene en sí mismo el antipopulismo (Semán, 2021).

De La Torre directamente analiza los populismos, particularmente latinoamericanos, como sinónimo de polarización y reducción de los conflictos de las distintas partes de la sociedad a la lucha entre el pueblo y las elites. El autor, si bien discrimina entre los nacional-populismos de derecha (Bolsonaro, Trump) que usan criterios étnicos o raciales y los nacional-populismos de izquierda (Chávez, Correa, López Obrador, Morales), en apariencia, más inclusivos, concluye que ambos excluyen a todo aquel que discrepe de sus propuestas. Es la voz del líder, en última instancia, la que dice quién pertenece al verdadero pueblo y quién es el enemigo, obligando a todos los ciudadanos a tomar partido (De La Torre, 2021). Pero ¿podemos hablar, efectivamente, en los populismos actuales de un “verdadero enemigo” como una exterioridad total al sistema que

configura la identidad del “nosotros”? ¿Esta idea no es al menos discutible en las sociedades de heterogeneidad extrema con sus inmigraciones de otras tierras y la diversidad de sus pueblos originarios? Pienso particularmente en las sociedades latinoamericanas donde la *homogeneidad* es siempre una tarea inconclusa, fallida en su propia condición de ser, una promesa que arrastra cierta incomodidad tanto en el campo de lo social como en el de las significaciones.

Numerosos estudios sobre los casos de los populismos latinoamericanos revelan sus sustanciales diferencias con el modelo jacobino del enemigo absoluto, debido a una inestabilidad inherente al *dêmos* legítimo que permite un juego “regeneracionista” entre el pueblo y sus enemigos que torna la localización de los oponentes más inestable y transitoria, es decir, las fronteras más porosas y borrosas entre uno y otro bando (Aboy Carlés 2010; Melo, 2009). Se concluiría, así, que, aunque el populismo contenga ciertos grados de división y polarización social, este no puede ser pensado como negación del pluralismo (Aboy Carlés, 2018; Barros, 2018; Laleff Ilieff, 2020).

No obstante, y partiendo de esta premisa de lectura, nos gustaría subrayar que la experiencia populista, en cuanto configuración de una identidad popular emergente, no se entiende sin una construcción discursiva del enemigo. O sea, más allá de comprender la polarización como una distribución competitiva de las opiniones políticas de derecha, centro e izquierda (Kvaternik, 2010), esta deja en evidencia una falla de los propios mecanismos de regulación de la democracia formal. Si bien el enemigo nunca es *hostis* propiamente dicho, debido a la constante inestabilidad del *dêmos*, cierta fijación parcial y transitoria del enemigo es necesaria para la configuración de los bordes del sujeto popular. Ahora bien, este momento de significación no es otra cosa que una experiencia de fracaso del orden político; por eso, cumple la función de una figura del desorden a la vez que la necesidad de la regla como condición de posibilidad del orden político. En esa intersección entre las particularidades y la instancia universal encontramos su especificidad: la construcción discursiva del enemigo.

En este escrito nos proponemos puntualizar ciertas categorías analíticas que nos permitan establecer lo propio del antagonismo en los populismos a partir de la teoría política laclausiana que —a nuestro entender— toma como parámetro fundante los populismos latinoamericanos y, en particular, la experiencia argentina del peronismo. Laclau afirma que todo antagonismo es esencialmente político y que el enemigo es una construcción discursiva. Esto nos lleva, necesariamente, —en lo que hace a este escrito— a dos supuestos teóricos. Primero, que este enemigo no es un *hostis* y, segundo, que este tipo de antagonismo —que, para Laclau, es el único posible en el contexto del neoliberalismo— no puede ser pensado como una oposición entre objetos reales ni como una contradicción dialéctica.

Para ello, dividiremos el texto en tres secciones, las primeras dos para dar cuenta de estos supuestos y una tercera en la que intentaremos esbozar por qué algo de polarización es necesaria en las democracias neoliberales y cómo el populismo, desde la construcción discursiva del enemigo, se ofrece como una “barrera” al empuje de la lógica de neutralización.

“Hostis”, “hospitus”

El “hostis” romano que etimológicamente engendra “hostilidad”, no cabe en la conciencia argentina; contrariamente, aquí el peregrino es “hospitus”, y le ofrecemos por morada la Patria. (Ricardo Rojas, *Eurindia*)

Laclau establece a lo largo de sus reflexiones políticas una diferencia radical entre las luchas sociales que tuvieron lugar con anterioridad a las revoluciones democráticas y las luchas contemporáneas. El significado de esta diferencia radica en que, en el primer caso, las luchas tenían lugar en el marco de la negación de identidades dadas y relativamente estables; y, en el segundo, son más difusas. Esta divisoria de aguas es bastante discutible, particularmente si pensamos el yrigoyenismo como el momento inaugural de la tradición populista en Argentina (Aboy Carlés, 2001).³ Pero lo que aquí nos interesa destacar —más allá de la lectura, en este caso, un tanto esquemática de Laclau— es que a las identidades dadas y relativamente estables corresponde un antagonismo plenamente visible, y que, por consiguiente, sus fronteras no requieren ser construidas. Así, sostendrá que “la dimensión hegemónica de la política estaba completamente ausente” en el primer período (Laclau, 1987, p. 193). El antagonismo, en cuanto construcción discursiva de la división social, se hace más evidente en las sociedades postindustriales, en el capitalismo globalizado, por el carácter precario de las identidades sociales, que diluye las fronteras y vuelve más inestable la identificación del enemigo como aquello que está del otro lado de la frontera, circunstancia que puede llevar, a su vez, a una proliferación de enemigos (Laclau, 1987, p. 193; 2007, p. 287). Este estadio que Laclau define como “cualitativamente nuevo en la historia del capitalismo” deshace el lazo social (Laclau, 2007, p. 287). Cuanto más heterogéneas son las demandas sociales y los anhelos insatisfechos (en términos de necesidad y deseo), menos localizables se tornan; y más oscuro se vuelve determinar “cuál es el objetivo y contra quién se lucha” (Laclau, 2007, p. 287). En suma, si aún más inestable es la identificación del enemigo, aparece otro dilema: ¿cómo hacer lazo o comunidad? Es decir, ¿cómo articular estas demandas, muchas veces opuestas entre sí, en algo común si no hay tope? Acá es donde opera plenamente la “razón populista”; una lógica equivalencial que, a nuestro juicio, es el efecto de tope de la construcción discursiva del enemigo. Al mismo tiempo, esto determina la especificidad de la hegemonía como una articulación contingente, una intersección entre el campo de lo social y el campo de las significaciones de un contexto determinado; y, en este sentido, también se podría decir que “todo antagonismo es esencialmente político” (Laclau, 2007, p. 287).

Decir que es esencialmente político es subrayar el hecho de que pertenece al reino de las apariencias, lo propio del derecho —iluminado con extrema claridad por J. Bentham en su *Teoría de las ficciones*—, una ficción a nivel del significante que produce efectos en lo real. La realidad no queda reducida a una suerte de juego del lenguaje, no es un mero formalismo, no es el concepto que mata la cosa, sino que hay producción de prácticas *performativas* del espacio político divisorias de la sociedad. La construcción discursiva del enemigo permite vivir la experiencia de la dislocación estructural como antagónica y, por ende, “permite dominarla, de alguna manera, en un sistema conceptual que está en la base de cierta experiencia” (Laclau, 1997, p. 126). Esta especificidad discursiva, que es performativa de lo social, implica diferenciar este enemigo del sentido de *hostis* que obedece al campo de las oposiciones reales (o al menos así lo pretende).

El enemigo como un *hostis*, propiamente dicho, se inscribe como exterioridad del sistema, como un enemigo externo, tal como lo definió C. Schmitt. No es cualquier competidor, tampoco es el adversario privado que se detesta por sentimientos o antipatía; sino que es “la posibilidad real” de un conjunto de hombres que se “opone” a otro conjunto análogo. Esta definición hace referencia a una “oposición real”: “Enemigo es en suma *hostis*, no *inimicus* en sentido amplio; es *πολέμιος*, no *χθρός*.” (Schmitt, 1998, pp. 58-59). Este término requiere una visualización conceptual y una determinación espacial sin equívocos, requiere una delimitación clara de una frontera interior y exterior para la constitución de la propia personalidad del “nosotros” (Schmitt, 1966, p. 118), difícil de sostener en la conformación de las identidades políticas inestables propias de la democracia liberal y el capitalismo globalizado.⁴

Laclau ve la historia de la democracia dividida por un “clivaje fundamental”. Por un lado, la constitución de un pueblo *Uno* en tanto que un actor social homogéneo opuesto, ya sea al “poder” o a un enemigo externo, que se corresponde con la concepción *unanimista* de las identidades (amigo-enemigo). Esta es la concepción jacobina de la democracia (de Robespierre a Pol Pot), presente en el discurso anticolonialista de Franz Fanon y en la idea de revolución social.⁵ Estos discursos “a través de los cuales este ideal democrático se construye son, por supuesto, predominantemente metafóricos”. Por el otro lado, está “la democracia como respeto por la diferencia”, los pluralismos asociados con los movimientos sociales que son “discursos predominantemente metonímicos” que se caracterizan por la imposibilidad de cierto cierre, de cierta fijación parcial (Laclau, 2014, p. 124). Este el escenario privilegiado de la racionalidad gubernamental del neoliberalismo si pensamos la competencia pura como su esencia. Dentro de esta polarización básica, se encuentran todo tipo de combinaciones. La posibilidad misma de las relaciones hegemónicas depende de la posibilidad de la intersección entre estos dos polos, lo que siempre implica un equilibrio inestable y precario. Laclau dirá que “la

hegemonía está siempre suspendida entre dos polos imposibles” (Laclau, 2014, p. 112), es un “arma de doble filo” (Laclau, 2002, p. 56). Encierra en su paréntesis todas las formas imaginarias que puedan cautivar el interés del sujeto en lo que respecta a su deseo. Ante la posibilidad de un desorden total o ante una crisis orgánica en términos gramscianos, la gente tiene necesidad de una refundación, un cambio, un nuevo orden. ¿Pero hay o no hay enemigo? No es una respuesta de fácil solución. Aboy Carlés (2007; 2018) hablará de un enemigo que puede regenerarse y que por momentos se excluye y, por otros, se incluye en el *dêmos* legítimo. Las fronteras del populismo son *éxtimas*, más topológicas en sus texturas, e impiden ver nítidamente un exterior/interior como podía delimitar el “verdadero enemigo” de la teoría partisana. No obstante, si partimos de la inerradicabilidad del enemigo y de la necesaria construcción discursiva del mismo es porque, precisamente, en el escenario social y político de estas fronteras borrosas en las que el enemigo es un lugar vacío o de difícil contorno, se hace indispensable una fijación significativa del adversario. Es una cuestión de contextos y escrituras.

[...] afirmar que la oligarquía es responsable de la frustración de demandas sociales no es afirmar algo que puede ser comprendido a partir de las mismas demandas sociales, sino que es provisto desde *fuera* de estas demandas sociales por un discurso en el cual pueden ser inscriptas. Este discurso, por supuesto, va a incrementar la eficacia y coherencia de las luchas que se derivan de él. Pero cuanto más heterogéneas sean esas demandas sociales, el discurso que les provee una superficie de inscripción va a ser menos capaz de apelar al marco diferencial común de una situación local concreta. (Laclau, 2007, p. 128)

La noción de contexto es bastante problemática; no obstante, la configuración hegemónica de una comunidad dada es el resultado de la articulación transitoria (o sea, abierta a la impugnación y al cambio) entre contenido concreto y universalización de la comunidad mediante la construcción de un límite que no tendría ningún vínculo necesario con ese contenido concreto. No existe ningún tipo de sociabilidad, ninguna política ni campo de lo político sin que se haya excluido a algunos. Aun diríamos que ciertas exclusiones son el fundamento constitutivo de la civilización, pues “una sociedad sin ningún tipo de exclusión” sería totalmente invivable, “sería un universo psicótico”. La necesidad de exclusión se inscribe en la estructura de cualquier toma de decisiones en un terreno estructuralmente indecible. “La política es, en gran medida, una serie de negociaciones en torno al principio de exclusión que siempre está, así como el terreno insustituible de lo social. Como de costumbre, *determinatio est negatio*” (Butler y Laclau 1999, p. 121).

Ni oposición, ni contradicción. Una madre espartana

En *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau sostiene que el populismo requiere la aceptación de la inerradicabilidad del antagonismo y la necesidad de definición de un adversario. Sin embargo, este antagonismo *no puede ser* una oposición real (la *Realrepugnanz* de Kant) porque no es un hecho material que obedece a leyes físicas, es decir, precisable, definible, en una relación objetiva. Tampoco puede ser una contradicción, porque se trataría de una relación igualmente definible entre objetos conceptuales. Pues las contradicciones que abundan en nuestros sistemas de creencias no implican, necesariamente, relaciones antagónicas.⁶ Entonces, tanto la “contradicción” como la “oposición real” inscriben la dimensión estrictamente antagónica en un espacio de dimensión más amplio. El antagonismo consistiría en un momento transitorio que irrumpe en el horizonte visible para luego ser trascendido, es decir, resuelto en alguna síntesis. Estamos hablando de “identidades plenas” que comparten un mismo espacio de representación⁷ y, como tales, no logran capturar la centralidad de la negatividad *inherente* al antagonismo. Ninguna de estas dos categorías logra capturar esta especificidad; contrariamente, la reducen a las relaciones antagónicas, y el status teórico del antagonismo es algo diferente de los objetos reales o conceptuales que lo evocan (Laclau, 2014, p. 138). Tanto el marxismo como la dialéctica y Kant confundirían contradicción lógica y oposición real, pero ello es posible porque añaden un “tercer elemento” plenamente representable: la *Aufhebung*, el motor por el cual la dialéctica funciona en la filosofía hegeliana. Este elemento “solo puede ser introducido en el argumento contrabandeando en él supuestos empíricos, no provistos por la estructura lógica del argumento” (Laclau, 2014, p. 131). En todo aspecto de la realidad, al pasar de una a otra etapa hay una cancelación de algo que queda atrás en el acto de superarlo y, al mismo tiempo, algo es conservado al ser ya sumido en su forma superior, lo que consiste en la elevación a un nivel de significante del objeto. Por un lado, hay una ausencia de su realidad material; pero, por otro, adquiere materialidad en el orden simbólico: un juego de presencia-ausencia, constitutivo al nivel del lenguaje y soporte de la teoría psicoanalítica; lo propio de la constitución del yo (*je*). Este movimiento es fundamental para el acto psíquico de las identificaciones que hacen a la masa de representaciones de los sujetos en general y del *sujeto popular* en particular.

Laclau interpreta la representación política y las relaciones hegemónicas propiamente dichas, a partir de este juego de presencia-ausencia. Este juego revela que hay una imposibilidad real de que ambas fuerzas antagónicas compartan el mismo espacio de representación. Como afirma Laclau, citando a Lacan, solo elevando el objeto a la dignidad de la Cosa, o sea, anulando algo de su particularidad, logra obtener un espacio a nivel de la representación. Solo en este “contrabando”, en esta contaminación, logra inscribirse el objeto a nivel del significante. La teoría

de la neurosis freudiana sostiene que los individuos no comparten un mismo espacio de representación o valor de la realidad objetiva corriente porque están atravesados por su realidad psíquica; por ende, su lazo con las personas y las cosas es a partir del investimento libidinal a nivel del significante. Es importante subrayar que la necesidad del *ser parlante* del lazo con el otro participa de una unión frente a la segregación del otro, en pocas palabras el amor no es sin el odio. Lacan lo llamará el *odioamoramiento* [*haine-amoration*] (Lacan, 2021, pp. 111-112).

En referencia a esto, podemos vislumbrar algunas de las razones por las cuales Laclau afirma que en la constitución de una identidad las fuerzas antagónicas no comparten el mismo espacio de representación, sino que las cosas son distintas: “la presencia del enemigo me impide constituir mi propia identidad” (Laclau, 2014, p. 135). Simultáneamente, no se produce un movimiento de asunción de esta construcción subjetiva sin este acontecimiento. Este movimiento lo llama una *diferencia constitutiva* o también *ontológica* que hace posible el poder, la política, la hegemonía y la democracia. Esta diferencia ejemplifica la presencia de la ausencia del objeto que sostiene cualquier tipo de iteración y que debe tener alguna forma de presencia discursiva para entrar en el espacio de la representación (Butler y Laclau, 1999, pp. 129).

En *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Laclau da el ejemplo de una madre espartana que, ante la dolorosa pérdida de su hijo en el campo de batalla, ya no le importa nada más... Ya no quiere nada más que a su hijo con vida. Pero este es un deseo imposible de realizar, por lo cual hay una gran frustración y desesperación; no hay solución de compromiso posible, solo angustia.

Para la madre espartana, la valentía de su hijo es una fuente de placer, y su muerte, una fuente de tristeza, pero es solo a resultas de su identificación con la maternidad que la “muerte gloriosa” puede constituirse en amenaza. (Laclau, 2014, p. 141)

Solo falta que el ejército enemigo se convierta en el símbolo de su *no-ser* madre. Laclau nos explica que en la medida en que hay antagonismo, yo no puedo ser una presencia plena para mí mismo, ni tampoco lo es la fuerza que me antagoniza: su ser objetivo es un símbolo de mí *no-ser* y, de este modo, es desbordado por una pluralidad de sentidos que impide fijarla como positividad plena. El antagonismo está en el lugar de una interrupción o el impedimento de una constitución de una identidad plena. La yuxtaposición exacta entre los órdenes óntico y ontológico es imposible; esta diferencia no es transitoria ni es posible de ser superada, es una *diferencia ontológica*: el “corolario de esta tesis es la implicación de que lo *social*, a diferencia de la *sociedad*, va a ser siempre una *objetividad* fallida” (Laclau, 2014, p. 139).

El antagonismo tiene, por lo tanto, una función revelatoria. Por un lado, el momento de institución identitaria transforma a un objeto óptico en símbolo de mi posibilidad de ser; pero, por el otro, la presencia de la fuerza antagónica muestra el carácter contingente y de *mero* investimento identitario. (Laclau, 2014, p. 150)

Los antagonismos no son *relaciones objetivas*, sino relaciones que revelan los límites de toda objetividad; de hecho, constituyen los límites de toda objetividad. La sociedad está constituida alrededor de estos límites y se revela parcial, precaria, inestable en sí misma, en su objetivación (Laclau, 1987; 2002; 2014). Sin descuidar los clivajes teóricos entre los distintos escritos⁸, Laclau tempranamente viene rumiando la articulación entre una imposibilidad constitutiva de todo orden social y el concepto de “antagonismo social”. Se podría decir que está pensando el antagonismo como una experiencia de fracaso de constitución de las identidades políticas, como la experiencia de imposibilidad “real” de todo orden político. El *sujeto popular*, arriesgamos, es el efecto de este fracaso, lo reprimido que retorna, y el populismo un hacer con él.

Žižek considera que Laclau, cuando concibe el campo socio-simbólico como “estructurado en torno a cierta traumática imposibilidad”, a cierta fisura que no puede ser simbolizada, remite el concepto de “antagonismo social” a lo “Real” lacaniano (Žižek, 2000, p. 257). Lo real lacaniano es dicho de muchas maneras, y cada una de ellas tiene un pliegue diferente, pero, en síntesis, todos podremos coincidir en que uno de sus nombres es el pequeño *objeto a*, el objeto perdido, el objeto caído, que está más del lado del despilfarro, del gasto inútil, que de lo útil y el usufructo; ese que es causa de deseo en cuanto búsqueda incesante de una imposible satisfacción plena de nuestras pulsiones y ese que, también, nos habla del goce y la pulsión de muerte. En fin, a lo que aquí compete, lo real representa un palo en la rueda de la marcha del amo: es el otro nombre de lo heterogéneo que Laclau en *La razón populista* tomará prestado de Bataille, quien destacó la inagotable riqueza de las formas de la vida afectiva en los movimientos sociales (Ferrás, 2019). Lo heterogéneo es aquello que no hace masa, no hace comunidad, y que, contrariamente, la disgrega. Esta categoría le permitirá a Laclau correrse del supuesto simplificador vinculado a la creencia de que toda demanda puede ser incorporada a la cadena equivalencial constitutiva del campo popular:

[...] una cadena equivalencial no solo se opone a una fuerza o un poder antagónico sino también a algo que no tiene acceso a un espacio general de representación [...] La heterogeneidad, concebida de esta manera, no significa diferencia; dos entidades, para ser diferentes necesitan un espacio dentro del cual esa diferencia sea representable, mientras que lo que ahora estamos denominando heterogéneo presupone la ausencia de ese espacio común de representación. (Laclau, 2007, p 183)

Lo heterogéneo es identificado con los pueblos sin historia de Hegel o con el lumpenproletariado: es esa exterioridad que no puede acceder al campo de la representación sin ese “contrabando” que la eleva al nivel del significativo, a la dignidad de la *Cosa*. Esta operatoria es la construcción discursiva del enemigo como condición de posibilidad de articular esa exterioridad que está desregulada, dispersa, que no forma parte en el orden simbólico de ese *Todo* social. Si estamos en lo cierto, el *sujeto popular* es la construcción de una subjetividad política, como “lo otro” de la *homogeneidad* que intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad. Este erosiona los límites mismos de la comunidad, mina el campo de significaciones que prescribe las representaciones sociales y las subjetividades presentes. Esta constitución de la identidad popular no sería posible sin la evidencia de una segregación, ya que la *homogeneidad* coincide con la “lógica de la diferencia” (Laclau, 2007, p. 195).

Neoliberalismo, populismo y democracia

La racionalidad gubernamental del neoliberalismo parece haber llevado al máximo la escisión entre el principio de la democracia y su realidad: no es el pueblo el que ejerce el poder, sino los expertos o tecnócratas y los políticos profesionales, bajo la creencia de que el pueblo es irresponsable, incapaz. Vivimos en democracias que tienen miedo del pueblo y que tratan por todos los medios de evitar consultarlo. Así, las soluciones propuestas a diferentes problemas financieros, económicos, de seguridad, salud o educación son respuestas técnicas de expertos presentadas como la única solución posible. ¿Es la democracia una causa perdida? (Mastropaolo, 2012).

Este cuestionamiento de la efectividad de la democracia interroga el movimiento de ocultamiento y desocultamiento de la distorsión entre la evidencia de un principio, la soberanía del pueblo, y el carácter problemático de este como sujeto social y político. La democracia liberal reduce el sujeto “pueblo” a un dispositivo formal, a una figura del “como si”, efecto y garante a la vez del proceso de transformación evolutiva de las instituciones. Este principio teleológico rige como una idea reguladora de las prácticas democráticas. Laclau entendió aquello como “la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la ‘buena’ comunidad” (Laclau, 2007, p. 10). El neoliberalismo se presenta a sí mismo como panacea para lograr una sociedad sin fisuras en que las soluciones son aportadas por el mercado.

En *El nacimiento de la biopolítica*, Foucault propone, junto al epígrafe freudiano *Acheronta movebo*⁹, otra cita menos conocida de Walpole: *Quieta non movere* (No hay que tocar lo que está tranquilo). Esta es la máxima prudente para el estadista que practica el arte *liberal* de gobierno: “no

modificar lo existente” (Foucault, 2021, p. 15-16).¹⁰ En el lenguaje de la racionalidad de la competencia pura del mercado, ¿qué es el desocupado? No es un discapacitado económico, no es una víctima social, es un “trabajador en tránsito” entre una actividad no rentable y una actividad más rentable (Foucault, 2021, p.171). La racionalidad gubernamental de las lógicas institucionales tiende a la neutralización de la distorsión entre el campo de lo social y el de las significaciones. El populismo es el disenso que limita la tecnocracia, la cristalización institucional de lo social. El disenso “supone lógica del equivalente” (Laclau 2007, p. 287). Consecuencia de la construcción discursiva de la división social a partir de la definición de un adversario, las fronteras antagónicas que se fundan en lógicas equivalenciales son una condición *sine qua non* para la formación de la identidad popular.

En el escenario del neoliberalismo la cadena equivalencial es más extendida: las luchas por demandas insatisfechas están diseminadas por doquier y hay una proliferación de nuevos antagonismos y una multiplicación de efectos dislocatorios. Este estadio cualitativamente nuevo le permite a Laclau pensar el internacionalismo del populismo y las relaciones hegemónicas, el *status* de lo político, como una “articulación contingente”.¹¹ El antagonismo es una puesta en cuestión del orden simbólico constitutivo de la subjetividad; una “crisis de identidad” y una experiencia “que debe darse al interior mismo de lo social como algo que lo subvierte, es decir, como algo que destruye su aspiración a constituir una plena presencia” (Laclau, 1987, pp. 216-17). Esos actos de identificación son entendidos por Laclau como actos de decisión y, como tales, presuponen un acto de poder. El momento de libertad es la emergencia del sujeto de la *falta* a través de las fisuras de la cadena discursiva. Este momento de libertad que obedece a una decisión ética, al *passage à l’act* en la lectura psicoanalítica (según Laclau), indicaría una organización de la sociedad, una articulación hegemónica con nexos lógicos diferentes a los que operaron en la situación precedente.

En el seminario XVII, Lacan se pregunta: “¿Y por qué se deja uno comprar por el rico?” Para responder que lo hace porque “lo que te da participa de su esencia de rico. Si le compras a un rico, a una nación desarrollada, crees que sencillamente vas a participar del nivel de una nación rica”. Aquel “es el sentido de la riqueza de las naciones” —agrega (Lacan, 2021b, p. 88). Para rematar que, en todo este asunto, lo que se pierde es aquello que confería su *status*, el saber propio de cada quien. O sea que el participar de la esencia del otro es venderse, es un más que resta. Solo es factible entrometerse en lo político —él asevera— si se entiende que todo discurso es el discurso del goce. La sociedad de consumidores constituye en él su elemento humano calificado: todo producto elaborado por la industria tiene su equivalente homogéneo. Con la idea de que la felicidad está al alcance de la mano o del bolsillo, se mantiene a mucha gente entretenida y no se modifica lo existente (*Quieta non movere*). Una novedad del amo contemporáneo será que enunciación y enunciador no coinciden;

cada uno es titular y vehículo del poder. Dicho sujeto se corresponde con el sujeto de la identificación laclausiano, el sujeto de la *falta en ser*. “Toda demanda” —escribe Laclau— “presupone una heterogeneidad constitutiva, es un evento que rompe con la lógica situacional. Esto es lo que hace que dicha demanda sea una demanda política” (Laclau, 2007, p. 113). Partir de la demanda a un sujeto de supuesto saber que aún no sabe nada es partir del reconocimiento de la función de la frustración. Pues “el sujeto sabe muy bien que sean cuales fueren sus apetitos, sus necesidades, ninguno encontrará allí satisfacción” (Laclau, 2007, p. 113). Lo cual no implica que solo agitando las aguas que movilizan los campos de significación, los cambios de posición hagan de toda sociedad un espacio más democrático.

La construcción discursiva de la división social es inherente a la posibilidad misma de la política democrática (Laclau, 2002, p. 34), si la entendemos como una generación de significantes diferentes a las formas sociales sedimentadas. La polarización política, entendida como división social, es la condición de posibilidad de subvertir el campo de significaciones del orden existente. Este proceso se da siempre y cuando los parámetros de la formación hegemónica preexistente resulten sustancialmente alterados. De lo contrario, el viejo imaginario político pervive con las nuevas relaciones hegemónicas y será difícil provocar diferencias considerables. Las luchas democráticas contra diferentes formas de subordinación “presupone la competición —pacífica o violenta— entre fuerzas sociales y la inestabilidad esencial de la relación entre el orden gubernamental y la función de gobierno” (Laclau y Zac, 2015, p. 38). En otras palabras, debe existir una proliferación de significados nuevos que entren en competencia; es decir, significados que estén por fuera de los límites de la comunidad, inaudibles y, en su condición de tal, producidos por una conflictividad contingente. Estos significados nuevos que entran en competencia ponen en jaque, por su efecto disruptivo de ser inconciliables, los significados de la lógica competitiva del mercado para construir consensos y acuerdos a partir del interés práctico, de lo útil. El antagonismo populista ahuecaría el contexto de significación en el que se despliega, pero su función no es la de imponer los propios límites de la comunidad, sino de visibilizar la imposibilidad “real” de todo orden social.

Reflexiones finales

La teoría política de Laclau no busca la reposición ingenua de la enemistad que marcó el relato de las identidades de trinchera de la historia de la modernidad: los nacionalismos y los socialismos. Y, tampoco busca la sacralización del consenso como la inclusión de todas las posibles exclusiones, lo cual sería imposible. “Las demandas democráticas” —escribe Laclau— “son, en sus relaciones mutuas, como los puercoespines de Schopenhauer a los que se refiere Freud: si están demasiado alejados, sienten frío; si se acercan demasiado con el fin de calentarse, se lastiman

con sus púas” (Laclau, 2007, p. 117; Freud, 1995, p. 96).¹² La dislocación es el encuentro con esta insoportable proximidad íntima con los otros, con lo real como imposibilidad de la política misma y, a su vez, fundamento de su necesidad. Si únicamente prevalece el vínculo de la comunidad de intereses que —como dijo Freud— no es siquiera un vínculo (imaginario) porque la “tolerancia no dura más tiempo que la ventaja inmediata que se logra extraer del otro” (Freud, 1995, p. 74), el “pueblo” como actor histórico se desintegra: se deshace el lazo social. Por ello, “el destino del populismo está ligado estrictamente al destino de la frontera política” (Laclau 2007, p. 117).

Desde la perspectiva abordada, los antagonismos no se agotan en la lucha de clases ni en determinadas condiciones sociales y políticas ni en contradicciones lógicas, sino que la división social es constitutiva de todo orden hegemónico, es decir, de los límites que construyen la objetividad de una sociedad realmente existente, y, por ello, su *status* es ontológico. Ahora bien, cada vez que se visibiliza un aspecto de esa división social constitutiva, como síntoma o crisis del orden imperante, es posible un cambio de rumbo, una ampliación democrática, la incorporación de sectores excluidos y/o la exclusión de determinados privilegios de algunos sectores.

En los tiempos del neoliberalismo, entendido como una racionalidad gubernamental, no hay una clara frontera divisoria de los antagonismos ni hay necesariamente una coincidencia identitaria entre posiciones sociales y políticas; por lo tanto, la articulación de las oposiciones antagónicas, propia de las relaciones hegemónicas, requiere la intervención de significantes unificadores de las diferentes identificaciones de la faz agonal de la política. Como hemos señalado, cuanto más heterogéneas son las demandas sociales y los anhelos insatisfechos, menos localizables estos se tornan y más oscuro se vuelve determinar cuál es el objetivo y contra quién se lucha. La construcción discursiva del enemigo se hace más evidente no solo por el carácter precario de las identidades sociales y la inestabilidad de las fronteras entre ellas, sino por el peligro del mundo contemporáneo de la proliferación de enemigos, es decir, del odio al goce del otro individualizado, el incremento de la segregación social.

Para Foucault, “no hay bárbaro si en alguna parte no hay un punto de civilización con respecto al cual aquel es exterior y contra el que combate” (Foucault, 2000, p. 180). El bárbaro funciona como un antagónico exterior constitutivo vector de dominación. En la idea del enemigo como *hostis* está presente esta lógica que recorre —desde nuestro punto de vista— tanto al jacobinismo como a la discursividad antipopulista (Semán, 2021). En esta operatoria, el adversario inmediatamente sale del terreno de la argumentación racional, de la posibilidad de diálogo como construcción de consenso. Es lo inverso del reconocimiento; es el desconocimiento del otro en tanto ser parlante y, en un mismo acto, la construcción discursiva que

legítima simbólicamente un lugar de supuesto saber; un “amo” para domesticar lo otro (heterogéneo); lo cual contiene en sí mismo una distorsión. Es el ideal o modelo *normalizador* el que transforma a lo(s) otro(s) en una patología y en esta misma operación vela la disociación entre lo social y lo económico en la que se asienta el orden de la sociedad. La política social del neoliberalismo —si es que así puede llamarse— es, contrariamente, dejar actuar la desigualdad.

La construcción discursiva de la división social es inherente a la posibilidad misma de la política democrática, la condición de posibilidad de subvertir el campo de significaciones de las formas sociales sedimentadas por el orden existente; una forma de hacer con la brecha entre el campo de lo social y el campo de las significaciones, con la heterogeneidad que siempre alberga algo, un resto, de no representable. La práctica de la representación del *Todo* social exige cierta terapéutica o medicalización de los deseos; sin embargo, el relato que hace toda vida humana más soportable e imaginable es conmovido por un litigio que se libra en el lenguaje mismo, entre lo dicho y lo no dicho, lo dicho y lo por decir, lo (sobre)entendido. No todo puede ser comprendido dentro del campo de la representación; es el caso de lo real propiamente dicho. El antagonismo es una experiencia de fracaso de todo orden político; devino una forma de hacer con la dislocación (Biglieri, 2017). Por un lado, es algo que destruye la aspiración de la sociedad a constituirse como una plena presencia y a presentarse como un todo *homogéneo*, a la vez que, por el otro, es el motor que genera las condiciones de posibilidad del intento de transformación del orden vigente.

Notas

¹ Problemática que hace referencia —simplificando las cosas— a algunos de los principales efectos de la contaminación entre universalidad y particularidad.

² No obstante, las autoras opinan que la polarización también puede ayudar a fortalecer la democracia y sus instituciones representativas a partir de la movilización de los votantes.

³ Laclau piensa tanto el yrigoyenismo como la oligarquía como “bloques homogéneos”.

⁴ No obstante, los estudios sobre el populismo latinoamericano encontrarían una tradición populista “regeneracionista” con anterioridad al fenómeno del capitalismo global vinculada con la propia composición heterogénea de estas sociedades, lo que hace del proceso de homogeneización un proyecto incluso y más bien imposible, si a una sutura del imaginario social se refiere. Cuestión que nos remitiría a otra cuestión, la de los nacionalismos territoriales (cf. Ferrás, 2017).

⁵ La lectura paradigmática de la asimilación del populismo al jacobinismo la encontramos en Pierre Taguieff en *L'illusion populiste* quien muestra la diferenciación de los nacionalismos entre dos polos, uno de ellos “protestatario”, el

otro “identitario”. Para Taguieff, en el polo protestatario la idea de pueblo conduce al *dêmos* en tanto que *plebs*, mientras que el polo identitario remite al *ethnos*, confundiendo con la idea de nación y los nacionalismos. Este último, desde la perspectiva del politólogo francés, se encamina hacia una intolerancia por la heterogeneidad, el rechazo por el extranjero, por lo “otro” diferente (Taguieff, 2007). Sobre este tema en similar perspectiva y en relación al peronismo argentino se puede consultar Manero, 2014).

⁶ Esto implica un cambio en la teoría laclausiana, pues con anterioridad había comprendido el antagonismo en términos marxistas, es decir, como contradicciones fundamentales (Laclau, 1980).

⁷ En *Fundamentos retóricos de la sociedad* (2014) ofrece el ejemplo del choque entre dos piedras en la que una queda rota, pero siguen siendo dos piedras. Si lo analizamos desde la perspectiva psicoanalítica, estaríamos en el nivel de los instintos del reino natural, mientras que los neuróticos como dice Freud han resignado su relación con la realidad, con los objetos reales, pero no con las personas o cosas, por ello “invisten” objetos fantaseados (Freud, 1984, p. 97.)

⁸ En esta época aún hace referencia a “posiciones de sujeto” en un sentido foucaultiano (Biglieri y Perelló, 2011) y hay un resabio dialéctico que lo lleva a suponer que la dislocación social era directamente vivida por los agentes sociales como un antagonismo. Más tarde, el propio Laclau dirá que esto no es necesariamente así (Laclau, 2002). Es decir, no necesariamente la imposibilidad de la yuxtaposición entre el campo de lo social y el campo de significaciones es vivido como una experiencia antagónica, cuestión que ratifica la afirmación en *La razón populista* de que “todo antagonismo es esencialmente político” (Laclau, 2007, p. 287).

⁹ Freud, en el epígrafe de *La interpretación de los sueños*, cita las palabras de Virgilio en boca de la diosa Juno airada por la oposición de Júpiter a sus designios de destruir a los troyanos: “*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*” (“Si no logro mover a los dioses del cielo, moveré en mi favor al Aqueronte”) Virgilio, Eneida, Libro VII, 311-2. El carácter partisano o “movimiento aquerónico” o “revolucionamiento” —todos significantes de escritura schmittiana— contiene las luchas populares de la guerra civil española, la figura del espíritu universal hegeliano que las devuelve a los cauces del orden estatal y el ingrediente necesario de las revoluciones civiles y estatales en las manos de Lenin, desembocando en los movimientos de liberación de Indochina y Argelia (Schmitt, 1966).

¹⁰ El filósofo francés verá tanto en el “revolucionamiento” como en el arte *liberal* de gobernar las dos caras de la técnica de control.

¹¹ Sobre este tema me remito a los excelentes y clarificadores trabajos de Biglieri y Cadahia (2021) sobre la concepción de un populismo internacionalista (pp.137-168) y el fascismo neoliberal como “enemigo” (pp. 93-117).

¹² Sostiene Freud: “Consideremos el modo en que los seres humanos en general se comportan afectivamente entre sí. Según el famoso símil de Schopenhauer sobre los puercoespines que se congelaban, ninguno soporta una aproximación demasiado íntima de los otros” (1995, p. 96).

Referencias

- Aboy Carlés, G. (2007). La democratización beligerante del populismo. *Debate*, 12, 47-58. <https://vlex.com.pa/vid/-385804420>
- Aboy Carlés, G. (2010). Populismo, regeneracionismo y democracia. *POSTData*, 15(1), 395-427. <http://www.revistapostdata.com.ar/2012/01/populismo-regeneracionismo-y-democracia-gerardo-aboy-carles/>
- Aboy Carlés, G. (2018). Populismo, polarización política y democracia [ponencia]. *56 Congreso de americanistas, Salamanca*. <http://www.congresoalacip2017.org/archivo/downloadpublic2?q=>
- Aboy Carlés, G., y Melo, J. A. (2014). La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau. *POSTData*, 19(2), 395-427. <http://www.revistapostdata.com.ar/2014/11/la-democracia-radical-y-su-tesoro-perdido-un-itinerario-intelectual-de-ernesto-laclau-julian-melo-y-gerardo-aboy-carles/>
- Barros, S. (2018). Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. *Latinoamérica*, 67, 15-38. <https://doi.org/10.22201/cialc.24486914e.2018.67.57079>
<http://www.scielo.org.mx/pdf/latinoam/n67/2448-6914-latinoam-67-15.pdf>
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2011) Los nombres de lo real en la teoría de Laclau: antagonismo, dislocación, heterogeneidad. *Diecisiete. Teoría Crítica, Psicoanálisis, Cultura* (dossier sobre Ernesto Laclau). <http://www.diecisiete.mx/expedientes/psicoanalisis-y-politica/44-los-nombres-de-lo-real-en-la-teoria-de-laclau-antagonismo-dislocacion-y-heterogeneidad.html>
- Biglieri P. (2017). Populismo y emancipaciones. La política radical hoy. Una aproximación (con variaciones) al pensamiento de Ernesto Laclau, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(229), 243-262. [http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918\(17\)30010-7](http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918(17)30010-7)
- Biglieri, P. (2020). Populismo: ¿izquierdas y derechas? *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, 25(1), 5-24. <https://raco.cat/index.php/RecercaPensamentAnalisi/article/view/366121>
- Biglieri P., y Cadahia, L. (2021). *Siete ensayos sobre el populismo*. Herder.

EL ANTAGONISMO, PERFECTO *PARTENAIRE* DEL POPULISMO

- Butler, J., y Laclau, E. (1999). Los usos de la igualdad. *Debate Feminista*, 19. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.1999.19.543>
- Cadahia, L. (2016). Espectrologías del populismo en Ecuador: materiales para una lectura renovada de la Revolución Ciudadana. En M. Le Quang (Ed.), *La Revolución Ciudadana en escala de grises* (pp.51-78). Iaen.
- De la Torre, C. (2000). *Populist Seduction in Latin America. The Ecuatorian Experience*. Ohio University Press.
- De la Torre, C. (2015). *De Velasco a Correa. Insurrecciones, populismo y elecciones en Ecuador, 1944-2013*. Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional.
- De la Torre, C. (2021). Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales. Ecuador, *Debate*, 112, 67-72. <http://hdl.handle.net/10469/17477>
- Ferrás, G. (2017). *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*. Eudeba.
- Ferrás, G. (2019). Lo (im) posible del populismo. *Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía*, 6. <http://www.revistalatinoamericana-ciph.org/wp-content/uploads/2019/09/Lo-imposible-del-populismo.pdf>
- Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. *Obras Completas* (Vol. 14). Amorrortu.
- Freud, S. (1995). Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras. *Obras Completas* (Vol. 18). Amorrortu.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2021). *El nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Kaiser, A., y Álvarez, G. (2016). *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*. Ariel.
- Kvaternik, E. (2010). Tocqueville: sobre el consenso, la polarización y la radicalización. *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, 52, 125-146. https://riim.eseade.edu.ar/wp-content/uploads/2016/08/52_4_kvaternik.pdf
- Lacan, J. (2021a). *Seminario XX. Aún*. Paidós.

- Lacan, J. (2021b). *Seminario XVII. El reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Laclau, E. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Laclau, E. (2002). *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político*. Editorial Cuarto Propio.
- Laclau, E. (2007). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., y Zac, L. (2015). (A)notando la brecha: el sujeto de la política. *Studia Politicæ*, 31, 5-39.
<http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/SP/article/view/601>
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Fondo de Cultura Económica.
- Laleff Ilieff, R. (2020). La reserva liberal en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. En M. Rossi y E. Mancinelli (Eds.), *La política y lo político en el entrecruzamiento del posfundacionalismo y el psicoanálisis* (pp. 143-164). Instituto de Investigaciones Gino Germani-CLACSO.
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20200923022929/La-politica-y-lo-politico-IIGG.pdf>
- Mastropaolo, A. (2012). *Is democracy a lost cause?* ECPR Press.
- Manero, E. (2014). *Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)*. Unsam Edita.
- Melo, J. (2009). *Fronteras populistas. Populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955* [Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires].
<http://www.sociales.uba.ar/wp-content/blogs.dir/219/files/2017/02/CV-JULIAN-MELO.pdf>
- Mouffe, C. (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Fondo de Cultura Económica.
- Riveros, C. y Pelfini, A. (2022) Sobre grietas y rupturas. El populismo visto como un proceso. Un análisis socio-histórico a partir de la teoría populista de Ernesto Laclau. *Revista Stultifera*, 5(1), 69-89.
<https://doi.org/10.4206/rev.stultifera.2022.v5n1-04>
- Schmitt, C. (1966). *Teoría del partisano*. Instituto de Estudios Políticos.

- Schmitt, C. (1998). *El concepto de lo político*. Alianza.
- Semán, E. (2021). *Breve historia del antipopulismo*. Siglo XXI.
- Stavrakakis, Y. (2018). Paradoxes of Polarization: Democracy's Inherent Division and the (Anti-) Populist Challenge. *American Behavioral Scientist*, 62(1), 43-58. <https://doi.org/10.1177/0002764218756924>
- Taguieff, P.-A. (2007) *L'illusion populiste: essai sur les démagogies de l'âge démocratique*. Flammarion.
- Vargas Llosa, Á. (2006) El Populismo y sus cómplices. *Cuadernos de pensamiento político*, 20, 223-239.
https://caftabusiness.com/forumeconomicus/docs/EL%20POPULISMO%20Y%20SUS%20C%D3MPLICES_VARGAS_LLOSA.pdf
- Walser, R. (2010). Santos-Chavez Santa Marta Summit: a moment of promise and peril in the Americas [Report]. The Heritage Foundation.
<http://www.heritage.org/research/reports/2010/08/santos-chavez-santa-marta-summit-a-moment-of-promise-and-peril-in-the-americas>
- Zarka, Y. C. (2016) *Metamorphoses du monstre politique et autres essais sur la démocratie*. Puf.
- Žižek, S. (2000) *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022

ISSN 0719-983X

Polarización, democracia y populismo(s): propuestas de análisis

Claudio Riveros y Alejandro Pelfini

La razón democrática del populismo. Antagonismo, heterogeneidad y populismo posliberal

Marcelo Nazareno

Populism versus Parliamentarism: Towards Non-Antagonistic Forms of Democratic Politics

Uros Ugarkovic

El antagonismo, perfecto *partenaire* del populismo

Graciela Ferrás

La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento

Gastón Souroujon

Del populismo como amenaza a la amenaza populista, crónicas de un destino anunciado. Diálogos necesarios entre la teoría política y la socio-historia

Edgardo Manero

Populismo y polarización política en la Región Andina. Entre los líderes y la demanda populista

Sebastián Umpierrez de Reguero, Ingrid Ríos, Eduardo Herrera y Santiago González

Democracia, república y populismo en la Argentina reciente a la luz del debate intelectual (1983-2015)

Sabrina Morán

Sin agonismo no hay paraíso: Polarización y populismo en el proceso constituyente chileno

Cristóbal Bellolio Badiola

Masivo y antielitario: el estallido social chileno como momento populista

Nicolás Selamé

¿Hay un futuro político para el “postfascismo”? Presentación de Corcuff, P. (2021). *La grande confusion. Comment l'extrême droite gagne la bataille des idées*

Philippe Corcuff

Posturas e imposturas en torno a un concepto negativo de democracia. Reseña de Friz, C. (2021). *El exceso de la democracia*

Cristóbal Balbontín-Gallo y María B. Gutiérrez Recabarren

Reseña de Salmorán, G. (2021). *Populismo. Historia y geografía de un concepto*

Karina Gómez Cantillana